

El laberíntico tránsito hacia el superhombre

En el segundo tratado de su Genealogía de la moral, Nietzsche luego de expresar su deseo de que alguna Facultad de Filosofía y Letras, convoque a una nueva serie de premios académicos para el fomento de los estudios de historia de la moral, señalaba que la tarea futura del filósofo será la de lograr que el filósofo solucione el problema del valor y que él tiene que determinar la jerarquía de los valores.

A partir de esta síntesis prospectiva, el filósofo alemán, expresará como punto inicial de su derrotero, en respuesta a una visión laberíntica de ese tránsito, que criar un animal, el animal que la naturaleza edificará, consiste en el caso del hombre, en lograr que le sea lícito prometer. Aparece tal meta como un auténtico problema humano y para ser solucionado, debe contarse con, a su vez, la valoración de la fuerza antagónica del olvido. Sin ella no podrá haber felicidad, jovialidad, esperanza, orgullo, presente, precisamente sin el olvido.

La situación paradójica enseña a su vez que, frente al olvido, como forma de una salud fuerte, el hombre ha creado en sí mismo una facultad contraria, una memoria, que utilizará para suprimir oportunamente el olvido, en una operación activa de no quererse librar de pensamiento definido y seguir “así queriendo lo otrora querido...”. Se trata de sostener una “memoria de la voluntad”.

Estos mecanismos que modelan el ser individual nietzscheano, se encadenan desde el aprendizaje del hombre a discernir los sucesos necesarios de los contingentes, más aún, a pensar en términos causales, a “...ver lo lejano como presente y anticiparlo...” para saber qué cosas son un fin y cuales, medios para las otros.

Así es que se concibe un hombre llegado a ser calculable, regular, necesario, diseñando y conduciendo él mismo, el modo de aquello que promete y responder como futuro. (La genealogía de la moral, 2° Tratado, aforismo 1).

Desde allí se advierte la larga historia de su responsabilidad que Nietzsche ha llamado en Aurora, la “eticidad de la costumbre” y que junto con aquello otro que ha denominado “la camisa de fuerza social...”, el hombre es hecho realmente calculable, llegando al individuo soberano.

Miremos este tránsito: el laberinto ha surcado por la construcción de la memoria de la voluntad, por la salud fuerte del olvido; por el estado del individuo que promete y en tan extensa historia recalar en la responsabilidad, desde ese enorme trabajo de “la eticidad de la costumbre...”, concebido como una excelencia del individuo, como “el auténtico trabajo del hombre sobre sí mismo...”.

El recorrido laberíntico es de enorme complejidad y de largo período para el desarrollo del género humano, intenso y extenso, pero sin resaltos fuera del rumbo del individuo, advertido como la esencia de la historia necesaria.

De pronto, en el relato, se incorpora sin explicaciones, ni prolegómeno alguno “...la camisa de fuerza social...”, para hacer con la eticidad de la costumbre..., del hombre, un hecho calculable.

Sorprende en la relación la entrada de la “camisa de fuerza social”, para que comprendida como la sociedad y junto con tal eticidad de la costumbre, den a luz, otra vez en retroceso, al individuo soberano.

Es decir que la sorpresa de las fuerzas sociales intervinientes, se han de perder, fundir, diluir, otra vez en el individuo, más individuo que nunca; librado de la eticidad de la costumbre,

convertido en individuo autónomo, en hombre "...de voluntad larga, propia e independiente, (en) hombre al que le es lícito prometer...", para "... (encarnarse en él, como) una auténtica conciencia de poder y libertad...".

El espíritu libertario nietzscheano inserto en el individuo, ha trabajado para crear a "...este señor de la voluntad libre, este soberano... ." (aforismo 2), que con tal dominio sobre sí mismo, también adquiere el dominio sobre las circunstancias, sobre la naturaleza y sobre "...todas las criaturas de voluntad más corta y menos de fiar...".

Tal desplante de voluntad, ligada al extraordinario privilegio de la responsabilidad, en una interminable ponderación del valor de la voluntad libre, se hunde más profundamente en el ser individual, hacia lo instintivo dominante, hacia toda expresión de su voluntad de poder, ahora desde la profundidad de aquello "que este hombre soberano lo llama su conciencia..." (Idem, pág. 99)

La eticidad de la costumbre, unida, incorporada, mezclada con la fuerza social, aparecen diluyendo sus potencias, en un individuo, en un ser individual, así constituido en el fundamento de la voluntad de poderío, sobre el cual y como singularidad han de instalarse todos los factores que definen su libertaria unidad.

Sobre él recaerá la memoria, que tal como la sitúa Nietzsche no habrá nada más terrible y más inquietante, que la construcción de la misma, que no puede prescindir, de sangre, martirio, sacrificios, mutilaciones, la crueldad de rituales de todos los cultos religiosos; así se ubica el dolor como el más poderoso instrumento mnemotécnico.

Nietzsche presiente el peso enorme de la memoria para su tránsito hacia el superhombre y así es que se detiene sobre los alemanes. Ellos, sus compatriotas han edificado una memoria mediante "...instrumentos horribles, a fin de enseñorearse de sus instintos básicos, plebeyos y de la brutal tosquedad de los mismos...".

Una dramática enunciación de los antiguos castigos alemanes, construyeron en la advertencia histórica nietzscheana, un tipo de memoria para entrar en razones, mostrando "¡cuánta sangre y horror hay en el fondo de todas las cosas buenas...!"

El desplazamiento de la estructura causal del dominio de los poderosos, como sistema histórico social; y su localización reduccionista en los instrumentos de esos castigos, horrores, sangre, martirio y sacrificios, no podía alcanzar otro destino que una ubicación individualizada, focalizada en el ser que los padecerá y lo que resulta más dramático aún, es certificar que los resultados pavorosos sobre cuerpo y alma del individuo, se los advierta como el más poderoso mecanismo de la edificación de la memoria.

Así esa edificación, parte de quien posee y conduce los instrumentos del dolor y la crueldad y sus condenas y crueldades se insertan, se incluyen patéticamente, en el ser individualmente culpable y por lo tanto castigado.

El recorrido histórico de tanto castigo y latrocinios para generar memoria individual, no ofrece otra perspectiva de corrección que la desaparición de instrumentos y la protección de individuos. Desaparecida las razones sociales del castigo, todo el horror transcurre por singularidades, que así no permiten transvaloraciones colectivas, sociales.

Habrà de llegar en ese interminable laberinto, la estación del Derecho, al cual no quiere quitarle pertenencia: es un derecho reservado a los señores (aforismo 5) y en esa esfera está el foco

donde Nietzsche ver surgir el mundo de los conceptos morales como los de “culpa”, “conciencia”, “deber”, “sacralidad del deber...”.

Este mundo del Derecho, el de esos conceptos morales, si tiene memoria, recordará que “...nunca ha perdido ya del todo un cierto olor a sangre y a tortura...”. Ni siquiera exculpará a Kant, porque también el imperativo categórico huele a crueldad.

La localización humana, del ser individual, en este caso sobre quien castiga y sobre el que recibe su castigo, permite individualizar el acto y presentir que el que hace sufrir obtenía de tal sufrimiento, el contra-disfrute, de hacer sufrir en pago de la deuda, convirtiendo el acontecimiento en una auténtica fiesta, con “...una cotización más alta cuanto mayor fuese su contraposición con el rango y la posición social del acreedor...”

Nietzsche sabe que repugna a la delicadeza de los hombres comunes modernos, representarse que la crueldad constituye la gran alegría festiva de la humanidad primitiva, hasta tal punto que ha de significarse como “...una característica normal del hombre: ¡como algo, por tanto, a lo que la conciencia dice si de todo corazón!”. (aforismo 6)

Seis años antes, habrá de abrir “su campaña contra la moral...”, socavando la confianza en esa moral, con Aurora, su libro destinado, como lo dice el subtítulo, a los “pensamientos sobre los prejuicios morales”.

Allí es donde estampará en su aforismo 18, que el mayor placer para los hombres es la crueldad; nos dice que en la acción del cruel (vuelve a individualizar causa y ejecutor) se alivia la comunidad, sacudiéndose de una vez por todas la lóbreguez del miedo y la cautela continuos.

Desde aquellos períodos de la “eticidad de las costumbres”, lejanos pero portadores de “la auténtica y decisiva historia primordial, que ha fijado el carácter de la humanidad”.

Fueron tiempos en los cuales el sufrimiento era virtuoso, la crueldad considerada como virtud, la venganza también; la negación de la razón como virtud y en cambio, el bienestar como peligro, el ser compadecido como ultraje, el trabajo como ultraje, la locura como algo divino, el cambio como lo no ético y pleno de corrupción.

Entonces y en el final de su enumeración sobrecogedora, de virtudes, peligros y ultrajes, llega la pregunta dramática de Nietzsche, interrogándonos si creemos que todo esto ha cambiado y así entonces la humanidad debería mudar su carácter. Su respuesta tiene el laconismo, la brevedad compendiosa de otra verdad lacerante, digna de quien supera la simple y común tensión de los hombres simples y comunes. “¡Ay, vosotros conocedores de hombres, conoceos mejor...!”

Y volviendo a La genealogía de la moral, certificará, con impresionante sentido histórico individual, que sin crueldad no hay fiesta y que no en vano “... se cuenta que en la ideación de rebuscadas crueldades ya anuncian profusamente al hombre y por así decir lo preludian...” (Idem. P. 109). Nietzsche no ha descubierto, ni puede salvarse, de la seducción idealista que ejerce el espejismo de una concepción antropológica pura. Así desconocerá el significado insoslayable de la estructura de las relaciones sociales que dimanar del sistema productivo y determinan espacios y funciones, como las crueldades, castigos, sufrimientos, entre otros, que serán ocupados y asumidos por los individuos nietzscheanos, transformado en realidad en agentes de la producción social. Estos hombres, sujetos, agentes, no son los responsables, de esas relaciones (incluidas las de crueldades y sufrimientos) sociales sino solo y únicamente los ocupantes de esos espacios en cuanto son portadores de tales funciones histórico-sociales.

No sirven entonces las responsabilidades individuales asignadas por todo el razonamiento idealista nietzscheano; no son los individuos concretos o teóricos; los hombres reales, los componentes antropológicos de esos patéticos relatos nietzscheanos, los verdaderos sujetos de esas relaciones morales; se trata en cambio de las denominadas relaciones de producción, históricamente sociales, políticas, ideológicas, culturales. Más determinante aún, estas relaciones causales son irreducibles a toda antropología subjetiva específica y pura; están por el contrario definidas en el modo de producción, en sus condiciones materiales, sociales, culturales, ideológicas y también subjetivas que sobrevienen de ese modo de producción.

En términos estrictos nietzscheanos, serán asimilables a su visión antagónica con el modernismo, en tanto sus expresiones histórico-sociales se configuran desde el modo de producción capitalista, pero sus localizaciones tienden con mayor aproximación, a una visión individual para el derrumbe de esa construcción modernista individual también, pero en diferencia con el ser individual superior que se prefigura con el devenir del superhombre en plena génesis desde el nihilismo.

Nietzsche termina *La genealogía* en 1887, cuando ya hacía veinte años que Marx publicara el primer tomo de *El Capital*.

Su búsqueda de un mundo distinto, el que involucró como portador de la gran salud, el hombre redentor, con su gran amor y su gran desprecio, "...el espíritu creador, quien la fuerza que le empuja le obliga a alejarse una y otra vez de todo aparte y de todo más allá, cuya soledad es malentendida por el pueblo como si fuese una huida de la realidad, mientras que únicamente en su hundimiento, enterramiento, profundización en la realidad a fin de, algún día, cuando se vuelva a salir a la luz, sacar de ahí y traer a casa, para esa misma realidad, la redención, su redención de la maldición que el ideal que ha habido hasta ahora ha hecho recaer sobre ella..." (*La genealogía... aforismo 24, 2º Tratado*).

Es el hombre redentor, el que vuelve a hacer libre a la voluntad; un Anticristo y antinihilista; lo llama, el vencedor de Dios y de la nada... Está anunciando al redentor, constituido como Superhombre.

Sería oportuno recordar aquello que pensara en Lenzerheide, el 10 de junio de 1887 al expresar que debe entenderse la "voluntad como sustituto compensatorio de la fe, esto es la idea de que existe una voluntad divina..." Transformación de la potencia de Dios en la voluntad de poder del individuo... y tal individuo, "... requiere de una jerarquía, de que el primer problema es el de la jerarquía de las especies de vida..." (*Fragmentos póstumos*. Norma, Colombia, 1997, p. 42).

Nietzsche es fiel a su diseño y cosmovisión: la salida del laberinto solo es posible, si se comprende que Dios ha muerto y que del nihilismo esencial resultante, solo es posible vencerlo, transitando hacia el superhombre.

Este camino ha de adquirir el tinte más denso en torno al individualismo, a un individualismo de excelencia, al "principium" individualista, máximo; el superhombre transita hacia los espacios trascendentes, ubicándolo en una aplicación actitudinal sin determinación alguna. El superhombre lleva así una sola y extrema raíz, casi en búsqueda sagrada, superior; ejecutor inapelable de toda Providencia y de creación entre los humanos. Nietzsche deposita así metafísicamente, la potencia extrema en la salvación de su concepción idealista del individuo.

Así es posible aceptar la interpretación de su biógrafo alemán Rüdiger Safransky, cuando expresaba que "el superhombre realiza la imagen completa de lo posible para el hombre y por

eso el superhombre de Nietzsche es también una respuesta a la muerte de Dios” (R. Safransky, Nietzsche, Tusquets, Barcelona 2001, p. 290).

Una caída metafísica decisiva, será reemplazada por otra metafísica, ontológica, cuya elaboración permite creer, como lo ha enseñado Zaratustra, que al estar todos los Dioses Muertos, “...ahora queremos que viva el superhombre...”.